

que sabe lo que dice. Pero es menester tener presente que Arellano habla de mala fé, y no quiere mas que mentir para desprestigiar.

Si Arellano quisiera decir la verdad, si hablase imparcialmente, si estimára en algo el nombre de su pais, y el honor de su ejército, si fuera justo, en fin, léjos de hacerme reproches inmerecidos me prodigaria elogios, porque no siendo de mi responsabilidad nada de lo que no expresa el título de mis funciones, yo me entendia en todo; todo lo veia, todo lo mandaba, todo lo vigilaba: estaba en todo. Por eso dice, Hans, en la página 71 de sus Memorias sobre el "Sitio de Querétaro," estas palabras, que me honrarán siempre: "Marquez, el terrible gefe de Estado Mayor, que daba en aquel momento *órdenes breves y repetidas. en las cuales todos ponian su confianza; y de las que se aguardaba el triunfo etc.*....."

IX.

Nada dice este capítulo digno de contestarse. Todo queda ya contestado en sus lugares respectivos; pero bueno es llamar la atencion respecto de las contradicciones que contiene, dice que "el Emperador, los Generales y yo, todos teniamos resuelto salir en busca del enemigo," y á la vez me hace cargo porque no se fortificaba la plaza que íbamos á dejar, dice: "que yo influí secretamente con S. M. para que no se efectuára la salida" pues si fué en secreto ¿cómo lo supo Arellano? dice que los doce dias transcurridos del 22 de Febrero al 6 de Marzo se pasaron en la inaccion; y todos saben que se trabajaba sin cesar de dia y de noche, en todos los preparativos para la campaña, porque se carecia hasta de municiones como el mismo Arellano lo sabe, y lo tiene dicho. Declara que en el Consejo de Guerra del 22 de Febrero quedó resuelta la salida para el 26 del mismo, y en otros capítulos me hace

cargo de que "no se mandaba ir de Méjico un convoy con lo necesario," ¿podia llegar en tres dias? Pues si esto no era posible, y él lo sabé bien ¿por qué es tan infame que me culpa por lo que no estaba en mi mano, ni en la de nadie remediar?

X.

Aquí es donde Arellano me acusa de que yo aconsejé al Emperador que marchase con el ejército á Méjico; y á este movimiento estratégico, como luego esplicaré, le dá mi detractor el nombre impropio de retirada y lo atribuye á una intencion dañada.

El caballo de batalla de Arellano en su folleto para hacer creer mejor que todo lo malo que sucedió fué culpa mia es la influencia que supone que yo tenia en el ánimo del Soberano, porque de ello resultaba que S. M. hacia todo cuanto yo le indicaba.

Es un error; el Emperador siempre hizo lo que le pareció mas conveniente, sin que prevaleciera mi opinion. Veamos algunos casos.

En primer lugar recuérdese que á su salida de Méjico para Querétaro el Sr. Lacunza se opuso á ello, haciéndole muy sérias reflexiones, y el Soberano insistió y marchó.

Luego en Querétaro, no solo yo sino todos los Generales hicimos cuanto estuvo á nuestro alcance por salir á la campaña, y S. M., movido por las personas que ántes he dicho, quiso esperar á las tropas de la Sierra.

Una noche se me presentó el General Mendez en el Cerro de las Campanas á participarme que el enemigo se movia por nuestra derecha con intencion al parecer de voltear nuestra posicion, en cuyo movimiento podia muy bien por medio de una marcha rápida y repentina internarse en la ciudad, interponiéndose entre el Cerro de las Campanas que era el centro de nuestra línea de batalla y el convento de la

Cruz en que estaba nuestro parque, comisaría, hospital, equipajes, etc., y dejándonos desde luego hasta sin municiones con que batirnos. Hice que Mendez lo explicase así al Emperador: S. M. se sonrió y me preguntó mi opinion: contesté que creía muy posible aquel movimiento; y el Soberano me ordenó entónces que le diese mi parecer sobre lo que convendría hacer en aquel caso.

Señor: le dije, si á V. M. le parece bien, yo me comprometo á que se traslade á este punto inmediatamente todo lo que tenemos en el convento de la Cruz. Entre tanto formaré las tropas en columnas, y al romper el dia cargaremos vigorosamente sobre el enemigo que como ignora en lo absoluto esta determinacion, comenzará por ser sorprendido y acabará por ser derrotado porque no podrá resistir nuestro empuje, que no espera. Si la fortuna nos es propicia, alcanzaremos una victoria completa; y si los contrarios eludiendo el combate se salvan así de una derrota total, al ménos nosotros podemos posesionarnos de la Estancia de las Vacas que tenemos á la vista. El enemigo que no nos ha batido aquí, ménos nos batirá allí. Si á pesar de esto lo intenta, su destruccion es mas segura, porque estamos mejor posesionados, y si no lo intenta, nosotros nos encontramos ya en una posicion muy ventajosa, en campo abierto y en libertad para hacer todo lo que se quiera. Yo le respondo á V. M. del buen éxito de este movimiento que es tanto mas seguro cuanto que el enemigo no tiene ni la menor idea de él.

A todo esto solo me contestó el Emperador: "Deseo consultar con los Generales Miramon y Escobar." Hice que se presentáran en el acto, é impuestos del asunto, é interrogado Miramon por el Emperador sobre su parecer; señor: le dijo, "no veo la situacion tan apremiante, ni hay necesidad de ese movimiento, y ménos de tomar una resolucion definitiva sin conocer todavía las intenciones del enemigo. Esperemos con calma para ver lo que hace, y mas tarde resolveremos lo que convenga. Entre tanto con que la Division Cas-

tillo ejecute un cambio de frente es bastante. Escobar fué de la misma opinion, y el Emperador dijo que esa era tambien la suya: en esos momentos se presentó casualmente el General Castillo y se le dió la órden por Miramon para que hiciese un cambio de frente á retaguardia sobre la estremidad de la ala izquierda de su línea, como lo verificó. Pocos dias despues estábamos cercados por el enemigo, que no nos habria encerrado si nos hubiéramos salido cuando yo lo dije.

Mucho despues de esto estando ya el Emperador en el convento de la Cruz, me presenté una tarde en su habitacion para asuntos del servicio. El Soberano hablaba con Mendez y ambos estaban preocupados á consecuencia seguramente de la cuestion que debatían. S. M. me dirigió la palabra y me preguntó qué creía yo que debiera hacerse en la situacion que guardábamos; me escusé cuanto pude de dar mi opinion; pero obligado por las instancias del Soberano llenas de dulzura y de amabilidad, cedí al fin, y le hablé en estos términos:

"Señor: si como soldado he de contestar, no puedo decir mas que debemos permanecer al frente del enemigo hasta que se decida la cuestion; pero si hemos de tener en consideracion la parte política y la existencia del Imperio que fácilmente puede desaparecer en esta ciudad, creo que se debe ocurrir á los recursos del arte, y obrar estratégicamente para salir de nuestra posicion.

Por esto pues, si yo mandára aquí, que es el caso que V. M. me ha puesto, con el mayor sigilo organizaria mi marcha en el silencio de la noche, y al amanecer rompería el sitio, por el camino de Celaya en que serian derrotadas sin trabajo alguno las fuerzas enemigas que cubren esa línea y que no podrian resistir el choque de todo el ejército. Me posesionaria violentamente de la estancia de las Vacas: daría el frente á la ciudad, y esperaria al enemigo: si iba á buscarme tenia yo segura la victoria en aquella escelente posicion, y si no, continuaba yo tranquilamente para Celaya, haciendo

creer que me dirigia á Guanajuato. El dia siguiente en vez de ese camino tomaba el de Acámbaro, diciendo que iba á Morelia; y al otro dia en lugar de tomar este camino seguia el de Marabatio é Ixtlahuaca forzando marchas para llegar rápidamente á Toluca. Antes habria yo prevenido ya á la guarnicion de Méjico que saliese á mi encuentro posesionándose del monte de las Cruces, y ántes tambien, habria yo dado la órden para que la guarnicion de Puebla se replegase á Méjico. De este modo reuniria con los 9,000 hombres que hay aquí, 5,000 en Méjico, 3,000 en Puebla, y otros 3,000 que, entre ámbas ciudades se reclutarian fácilmente, en pocos dias, un total de 20,000 hombres, con 100 piezas de artillería de campaña, con los cuales libraria una batalla campal, cuyo buen éxito era seguro, atendida la buena calidad de mis tropas, y la circunstancia de tener reunido á mis órdenes lo mas florido y lo mas afamado del ejército en generales, jefes y oficiales, terminando así la cuestion de una manera tan completa que quedásemos dueños enteramente de todo el pais, puesto que, así como yo habria reunido todos mis elementos, tambien el enemigo habria reunido los suyos, de consiguiente, al ser derrotado, quedaria sin ninguno.

Este camino, Sr., es carretero y amplio, el terreno abierto y las poblaciones que he citado abundantes en toda clase de recursos que se pueden sacar cómodamente, además de dinero para socorrer las tropas; y dichas poblaciones están unas de otras con poca diferencia á una jornada de distancia. No creo, Sr., que el enemigo que no nos batió en el Cerro de las Campanas, se atreviese á seguirnos para librar una batalla campal; mas si lo hiciera, me batiria y correria mi suerte; y si no, llegaria tranquilamente á Méjico para organizar el ejército, y salir al encuentro de mis contrarios.

Al acabar yo de hablar brilló en el rostro del Soberano la satisfaccion y la alegria. Preguntó su opinion al general Mendez que acababa de escucharlo todo, y este General contestó que cuanto yo habia dicho era lo mejor que podia

hacerse. En esos momentos apareció el General Miramon, é impuesto de aquel proyecto por el Emperador, que cuidó de no decirle que era mio, porque así se lo habia yo suplicado, dicho General contestó estas palabras. “Señor: quien eso ha dicho á V. M., le ha dicho la verdad, porque eso es lo que se debe hacer.” ¿Vd. me responde del movimiento? le preguntó el Emperador. “Sí Señor, yo respondo á V. M.” le contestó Miramon. El General Castillo á quien fué á ver el Emperador en union mia, le respondió del mismo modo, comprometiéndose á igual responsabilidad. El General Vidaurri aceptó tambien la idea de la salida de Querétaro, queriendo solo que en lugar de ir á Méjico, fuésemos á Monterrey donde aseguraba al Emperador proporcionarle gente, cañones, armas portátiles, municiones, dinero, y cuanto pudiera necesitar. Y solo el General Mejía se opuso resueltamente al proyecto, diciendo que era impracticable porque apenas nosotros saliésemos de la ciudad el enemigo nos cargaria con todas sus fuerzas, y nos hacia pedazos, sin darnos tiempo ni para formar.

Ofreció al Emperador llevarlo seguro hasta Méjico con todas sus tropas, siguiendo el camino de la Sierra; pero con la condicion de abandonar en Querétaro toda su artillería, carros de municiones, comisaría, equipajes y todo lo demás que no fuera posible llevar por aquel camino. Los ojos del Emperador se arrasaron de lágrimas y dirigiéndose á mí me dijo estas palabras. “Es la primera campaña que hago en este pais, y me dá vergüenza volver á Méjico, habiendo perdido mi artillería y mis trenes.”

Por de cóntado el movimiento quedó sin hacerse. Entónces creí que habia sido solo por la opinion del General Mejía; pero Arellano nos hace saber en su folleto que él fué quien habló secretamente al Emperador para convencerlo de que no podia hacerse. Por lo espuesto, se vé que mis opiniones no eran seguidas por S. M., y que yo no tenia ni la menor influencia en sus determinaciones. Y por el término tris-

te y desastroso del sitio de Querétaro se vé el resultado funesto y lamentable de los consejos pérfidos é infames de Arellano dados al Emperador.

Ya tengo explicado en mi manifiesto del año anterior que aun en el remoto caso de que el Emperador fuese derrotado al salir de Querétaro, y aun cuando se hubiese perdido la plaza de Méjico que yo defendía, ni aun así se habria perdido la causa del Imperio, porque como digo en el documento citado "establecido el Soberano en paraje seguro, y sostenido por buenos caudillos, teniendo centros de union bien elegidos, y siguiendo la lucha con constancia, habria obtenido el triunfo mas completo." En aquel documento, presento á Juarez como testimonio de esta verdad, y digo: "ahí está presentándonos dos ejemplos: el primero cuando residí en Veracruz con su simulacro de Gobierno, todo el tiempo que duraron las administraciones de Zuloaga y Miramon, dueños de todo el pais, con raras escepciones; y el segundo cuando estuvo en paso del Norte, donde permaneció todo el tiempo de la intervencion. Y sin embargo, en ambas ocasiones acabó por entrar en Méjico. ¿Porqué no habia de poder hacer esto mismo el Emperador contando con un valor á toda prueba, con una inteligencia despejada, con buenos caudillos y con prestigio en el pais, con buena fé, y con sobrada resolucion para salvar á su patria, ó perecer en la lucha?"

Y ahora agrego que aun en el caso de que reunidos los 20,000 hombres con sus 100 cañones que yo decia, y librada la batalla que yo queria, se hubiera perdido por nosotros todavia así hubiéramos ganado, porque salvándose el Soberano y sus caudillos, se hubiera realizado lo que ántes deo espuesto, mientras que por los caprichos de Arellano de permanecer en Querétaro encerrados en una plaza anti-militar, indefendible, privada de todos los elementos de defensa, y sin contar con un ejército de socorro que no podia ir en su auxilio porque no lo habia; y por el empeño de oponerse á quanto yo decia, sin mas razon que por decirlo yo, Arellano

logró por fin conducir á un patíbulo, á su Soberano, á su amigo Miramon, y á Generales muy ameritados, sacrificar al ejército, y perder á su Patria, pero cuidando de salvarse él, mientras que morian gloriosamente sus superiores á quienes habia comprometido. Y ahora tiene la nécia pretension de culparme, atribuyéndome responsabilidades que no tengo, y faltas que no he cometido, para lavarse de la negra mancha que no lavará nunca y que cada dia oscurecerá mas su rostro color de cobre.

A continuacion dice Arellano "que el soldado mejicano tan valiente en la ofensiva, no es á propósito para la defensiva ó para combatir en campo abierto. Finalmente, que es bueno para todo, ménos para una retirada en que se necesita una larga práctica, instruccion, y obediencia á una severa disciplina."

Antes de ultrajar Arellano en pais extranjero al ejército de su patria, debió haberse quitado las insignias militares para no pertenecer á él, puesto que le parece tan plagado de defectos; y ya que él lo insulta, yo lo defiende haciéndole justicia, porque me glorió de ser mejicano, y donde quiera que me encuentre amo á mi patria, y me honro con el uniforme militar de mi pais.

Todo el mundo sabe que cuantas plazas han estado defendidas por soldados mejicanos, no se han rendido jamás, sino hasta que la absoluta falta de viveres ó municiones, las han puesto en manos de sus contrarios; y la marina de guerra francesa en 1838, hizo justicia á nuestra bizarra guarnicion de la fortaleza de Ulúa por su defensa, careciendo de todo contra fuerzas muy superiores que teniéndolo todo en abundancia la inundaron en un momento con una lluvia de proyectiles de todas clases sin que por eso cediesen sus valientes defensores, hasta que incendiado el caballero alto, concluyeron sus municiones, y todavia así, no quisieron rendirse á discrecion, ni salieron de la plaza sino por una ca-

pitulacion que los honrará siempre, y que obtuvieron en medio de los aplausos del enemigo que elogiaba su valor.

Ahí está la Plaza de Guadalajara en 1860 defendida por el General Castillo, haciéndose proezas de valor, de intrepidez y de inteligencia por sitiados y sitiadores, sin que estos llegasen á tomarla, hasta que sin municiones ya, tuvo Castillo que capitular.

Ahí está sin ir mas léjos la Plaza de Querétaro defendida por el Emperador en 1867, que combatió setenta dias contra un ejército infinitamente superior, sin que éste hubiese podido tomarla, y sin que hubiese llegado á caer en sus manos sino por medio de una traicion.

Finalmente, ahí está Méjico defendido por mí en la misma época y por espacio de setenta dias, que tampoco pudo tomar el enemigo, el cual no entró á dicha Plaza, sino cuando dos dias despues de muerto el Emperador, sin tener ya ni un cartucho, ni un pedazo de pan, y separado yo del Gobierno por la desaparicion del Soberano, se le abrieron las puertas. Y en honor de la verdad debo decir para honra de mi pátria, gloria de su ejército y orgullo mio, que el último dia del sitio de Méjico habia en todos los que me obedecian desde el primer General hasta el último soldado, mas valor, mas energía, mas resolucion, mayor abnegacion, y mas entusiasmo que el primero.

¡General Arista, levántate de tu tumba y pon tu dedo frio sobre los labios del detractor Arellano, señalándole los Campos de Palo Alto y la Resaca de Guerrero en que los valientes que mandabas el 8 y 9 de Mayo de 1846, recibian formados en batalla é impasibles como si fueran rocas el fuego mortífero de los cañones americanos sin que hubiese en aquellos momentos uno solo de tus soldados que diese un paso atrás!

¡General Miramon, levántate de tu sepulcro y muestra á Arellano el primer cuerpo de ejército en 1858 formado en batalla al pié de las montañas de Ahualulco recibiendo el

fuego de la artillería enemiga sin que hubiera ni un individuo solo que se moviese de su puesto á pesar de los estragos horribles de los proyectiles que despedazaban á nuestros valientes!

¡General Filisola! desmiente á Arellano recordándole tu retirada de Tejas en 1836 con un ejército casi desnudo, descalzo y muerto de hambre, sin General en gefe ya, y víctima de toda clase de penalidades, dando ejemplo de abnegacion, de moralidad, de subordinacion, de valor y disciplina, obedeciendo ciegamente y con la mayor precision cuanto se le mandaba, sin que hubiese ni un solo individuo que diese el menor motivo de queja!

¿Ha olvidado Arellano la retirada de Miramon con el primer cuerpo de ejército en 1858 desde las Barrancas de Atenquique hasta Guadalajara, á donde llegó sin novedad á pesar de haberlo perseguido hasta allí el enemigo tiroteándolo constantemente?

¿Ha olvidado tambien la retirada de este mismo General en 1859 en las mismas circunstancias y con igual éxito, desde Sayula hasta Guadalajara?

¿Ignora acaso la retirada del General Woll en 1860 desde Techaluta hasta Guadalajara batiéndose dia y noche con el enemigo que en crecido número lo rodeaba, atravesando las llanuras este ameritado General con sus tropas formadas en cuadro, y sosteniendo el fuego en todas direcciones, sin dejar un rezagado, ni una mula, ni el mas pequeño objeto en su camino hasta llegar sin novedad á dicha capital?

Para que se ruborice mas Arellano de haberse espresado así, le cito las Memorias del sitio de Querétaro escritas por el Teniente de artillería D. Alberto Hans, que no siendo mejicano, prodiga los mas grandes elogios á nuestro ejército sin distincion de colores políticos y lleno de decoro, de dignidad y de decencia repite á cada paso desde el principio hasta el fin de su libro todas las virtudes del soldado mejicano, principalmente como sufrido, honrado, leal y valiente.

Para terminar este capítulo, llamo la atención respecto de la ofensa que hace Arellano al Emperador y á los Generales que habia en Querétaro, al decir que no se hacia mas que lo que yo queria. Ya he demostrado que no era así, y ahora pregunto: ¿pues qué el Soberano y los generales no tenían su juicio propio? Demasiado lo hemos visto y el mismo Arellano lo confiesa en este capítulo.

Y la llamo tambien respecto de la inexactitud con que habla Arellano, porque esto prueba su mala fé, dice que el 10 de Marzo, hacia ya cinco dias que el enemigo tenia circunvalado á Querétaro: en la foja anterior dijo, que el enemigo se presentó á la vista de la ciudad el 6 del mismo mes. Todos vieron que permaneció en esa posicion varios dias, ántes de comenzar la circunvalacion, y que esta no quedó terminada sino hasta el 13, por lo cual no pudo emprender su ataque, sino el 14, ¿cómo es que el 10 hacia cinco dias que tenia circunvalada la plaza? Téngase esto presente para apreciar el dicho de Arellano en lo que vale.

Por lo demás, todo lo que dice Arellano respecto de que á nuestra salida de Querétaro nos haria pedazos el enemigo, es una mentira que solo puede decir un militar ignorante segun se probó pocos dias despues con la salida que hizo el General Miramon por el camino que yo habia designado, en cuyo movimiento con solo dos batallones y alguna caballería, derrotó al enemigo que ocupaba aquella línea, segun yo habia previsto: le tomó prisioneros, víveres y ganado; y permaneció dueño del camino, que quedó sin uno solo de nuestros contrarios y á nuestra disposicion desde las seis de la mañana hasta las doce y media del dia en que por no tener ya objeto volvió á entrar en la plaza, sin que en todo este tiempo hubiera descendido de las alturas ninguna fuerza á batir á Miramon ni á reconquistar la línea que habia perdido el enemigo. Entónces vió el Emperador por sí mismo que era cierto cuanto yo le habia dicho. Que era fácil sorprender al enemigo cuando él no lo esperara: que era posi-

ble romper el sitio por el camino de Celaya, derrotando á las tropas que lo cubrian; posesionarnos de la estancia de las Vacas, y provocar una batalla en terreno donde todas las ventajas estuviesen de nuestra parte; ó bien ejecutar el movimiento que se creyera conveniente; pero alcanzándose de luego á luego la muy grande de salir de la posicion en que estábamos tan mal, que con escepcion de lo que dejo dicho, ninguna otra cosa se podia emprender con buen éxito como se vió despues.

Asi es que, como el Emperador presencié, que, lo que yo le habia propuesto con todo el ejército, era tan seguro, que Miramon lo ejecutó á su vista con unos cuantos soldados, S. M. me repetia á cada momento en el Cerro de las Campanas donde nos encontrábamos, presenciando el movimiento de Miramon, estas palabras: "Ahora veo que se puede salir de la Plaza.... Me habían engañado.... Hace tantas horas que somos dueños del camino.... Nadie baja á batir á Miramon....."

XI.

No hay remedio: Arellano se ha propuesto culparme por todo. ¡Paciencia! Es menester conocer el mundo, y saber que en la marcha de los tiempos hay épocas en que los que antes pedian un favor con el sombrero en la mano, vienen á ser fieros calumniadores de aquellos á quienes antes lisonjaban. Es menester tener presente que en este mundo, como dice el proverbio "no todo lo que relumbra es oro" y que hay hombres que parecen muy sabios y no son mas que unos necios.

Desaprueba Arellano en este capítulo que el Emperador estableciera su cuartel general (como él lo llama) sobre la misma línea de batalla en el Cerro de las Campanas, porque este procedimiento es contrario á las reglas del arte que lo